

PANORAMA DE LA NUEVA LITERATURA ECUATORIANA

—La narrativa y la poesía—

Galo Galarza Dávila



Hay ocasiones en que los académicos de la lengua aciertan con sus definiciones de palabras y, entonces, los que trabajamos cotidianamente con ellas nos nutrimos de esas definiciones o, usando términos menos gastronómicos, las utilizamos en nuestros trabajos. *Panorama*, por ejemplo, significa según la acepción académica española, una "vista pintada de modo que produce al espectador la ilusión de contemplar un horizonte extenso". Y eso es, ni más ni menos, lo que yo podré hacer hablando (o ahora escribiendo) sobre la nueva literatura de nuestro país, en sus géneros de narrativa y poesía: pintarles una vista que les produzca la ilusión de contemplar un horizonte extenso; y, agregaría, hacerme yo mismo la ilusión de que con mi visión puedo contemplar todo el extenso horizonte de la nueva literatura ecuatoriana en un trabajo de estas características. Anticipo que

este trabajo fue concebido originalmente como una conferencia y no he podido, pese a mi esfuerzo, quitarle en su redacción final cierto tono coloquial.

Hablar de la nueva literatura ecuatoriana y uso el término "nueva" para señalar el período de producción literaria que abarca las últimas dos décadas, o hablando en términos más exactos, el lapso que va desde 1960 hasta nuestros días (más adelante explicaré el por qué de haber escogido este período para el análisis), es sin duda hablarles de una literatura desconocida, como desconocida también me resulta y nos resulta, pienso, a los ecuatorianos (al por ciento que sabe leer —digo— y al por ciento que lee algo más que la página deportiva o los sociales en el diario y al por ciento, ya pequeño, que se interesa en la literatura, además aclaro) la literatura actual de Brasil, Argentina, México, Venezuela —fjense que

nombre sólo a los más grandes y con mayores posibilidades editoriales— no se diga de los pequeños Haití, Paraguay, Guyana, Puerto Rico; o de nuestros más cercanos vecinos Colombia y Perú donde la diferencia de idioma o la distancia no son pretextos; y menos aún de literaturas marginales como la chicana, la cubana (en sus dos vertientes), entre otras. Y es que los latinoamericanos, pese a la ya cuantiosa gama de declaraciones líricas de unidad⁽¹⁾, seguimos viviendo, en muchos aspectos, juntos pero de espaldas; poco nos interesa, nos inquieta y, sobre todo, nos conmueve lo que se hace, lo que se crea en nuestro patio vecino —que es como decir nuestro propio patio—. Somos, ni más ni menos, eso que señalara muy acertadamente el escritor venezolano Luis Britto en una ponencia presentada en un simposio de escritores hace algún tiempo: "*un espacio incomunicado lleno de públicos y de creadores mutuamente invisibles*".⁽²⁾

Más preocupados estamos de las últimas corrientes que circulan y que nos llegan (las más de las veces mal traducidas y asimiladas) de la vieja Europa o de los Estados Unidos, casi siempre con afanes imitativos, copistas o remedones de decadentes posturas, modas o escapismos a los que luego se patenta, para sorpresa de los ingenuos y de los ignorantes, como proyectos propios, originales y trascendentes; y así, primero los grandes (estoy hablando de países) y después los chicos nos vamos pasando en posta los defectos, igual casi de lo que ocurre con las burguesías metropolitanas que son ridículamente imitadas por nuestras burguesías criollas y éstas, a su vez, imitadas más ridículamente por nuestras pequeño-burguesías trepadoras y arribistas. O de lo contrario nos obnubilamos (nos encandilamos) con figuras latinoamericanas individuales que surgen promovidas, generalmente, por editoriales transnacionales que hábilmente explotan sus privilegiados talentos (nadie lo duda), opacando, sin embargo, el

contexto global de la creación literaria de nuestros pueblos. Con esta concepción, la crítica mal intencionada hace aparecer a Borges, por citar ejemplos solamente, como la única representación de la literatura argentina; a Vargas Llosa, como el único escritor peruano interesante; a Octavio Paz, como el pontífice de la literatura mexicana, etcétera, etcétera. Así, un nombre pasa a ocupar en este falso muestrario el *panorama* (y vean que otra vez asomó la palabrita de los señores académicos) de la literatura de cada país latinoamericano, si como tal existe, pues más me inclino a pensarlas como inmersas en una sola gran y tangible, ahora, literatura latinoamericana.

Y a estas dos características que intento señalar como causas de nuestro mutuo desconocimiento, habrá que sumar una imprescindible tercera: el aislamiento y las imposibilidades de desarrollo creativo que dentro de sus propias fronteras encuentra, en la mayoría de los casos, el creador de nuestros países. En efecto, sino está preso, muerto prematuramente, clandestino, desterrado, subalimentado, tres veces empleado, el escritor latinoamericano debe luchar denodadamente porque sus obras se publiquen en ediciones que, a duras penas, llegan a los mil o dos mil ejemplares. Y estas tiradas no son, ni aún entre ilusionistas que tanto se parecen a los creadores, capaces de traspasar una frontera. De ahí que la aspiración mayor de muchos escritores noveles, (no me refiero a los que tienen el Premio Nobel) es que un alma caritativa —mejor si es extranjera— se pronuncie a favor de su producto cultural y lo premie con su benévolo visto bueno o con su condescendiente padrino. Entonces, y sólo entonces, podrá presentarse ante sus congéneres y esperar su venia condescendiente, su autorización para pasar a engalanar la estantería de mimbres finiiiisimo.

Pero entrando propiamente en la materia de este trabajo y habiéndoles adelantado

ya que iba a hablar de una literatura desconocida, bien podría comenzar invocando en este enfoque de la nueva literatura ecuatoriana, a dos autores que, aún cuando pertenecientes a épocas pasadas y ambos muertos, además, resultan contemporáneos nuestros por la validez de sus textos literarios y por haber sido redescubiertos y valorizados —aún no lo suficiente— en nuestro país, recién en estas dos últimas décadas. Me refiero a Pablo Palacio y a César Dávila Andrade. El primero nacido en 1906 y muerto en un manicomio en 1946 (a los cuarenta años, esa edad maldita escogida por Poe para morir); y el segundo, nacido en 1919 y muerto por su propia mano en 1967. El primero narrador, el segundo poeta. Ambos originarios de provincias australes de nuestro país. Pablo Palacio autor de un libro de cuentos: *"Un hombre muerto a puntapiés"*, publicado en 1927, y de dos novelas cortas: *"Débora"* (de 1927 también) y *"La vida del ahorcado"* (1932), es en verdad un caso especial en la literatura ecuatoriana de su época, pues al contrario de los narradores llamados de la *"Generación del 30"* (3), entre los que se cuentan los del *"Grupo de Guayaquil"*: José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, Joaquín Gallegos Lara y Alfredo Pareja Diezcanseco y otros más o menos conocidos como Jorge Icaza, Humberto Salvador, Angel F. Rojas, Eduardo Mora Moreno, Adalberto Ortiz, el propio Pedro Jorge Vera, quienes desde otras regiones del Ecuador se lanzan furiosa, valiente y acertadamente, para su hora, a denunciar en su obra (más o menos extensa) grandes tragedias colectivas —generalmente rurales— del país; y, a incorporar en sus relatos (todos son narradores) a personajes y situaciones que hasta ese entonces eran un tabú o una insolencia.(4).

Palacio, por su parte, hace una literatura de la cotidianidad, del problema diario del hombre urbano, usando para ello el lenguaje en una forma atrevida, hasta me atrevería a

calificar de intrépida: manejando con soltura el monólogo interior, buceando en los laberintos del inconsciente con la metodología que sólo mucho más tarde sería utilizada por la narrativa latinoamericana. De ahí su contemporaneidad. Es como él mismo se llamó *"un desacreditador de grandes realidades"* y no lo hace (mucho ojo) por caprichos esteticistas o por irresponsabilidad ideológica (como alguien equivocadamente señaló), pues debemos recordar que fue un consecuente militante socialista, sino con una clara y descarnada intención: golpear lo sórdido y escondido de una sociedad que apenas se desperezaba de su vida de convento y de cuartel. Ironiza hasta el sarcasmo las actitudes aparentemente inofensivas de esos hombres timoratos y blandengues que la administran. Y, lo más interesante quizás de su obra, que presenta la radiografía de un sistema lleno de lacras y defectos. Palacio logró con ello perennizarse y, así lo ve la actual generación de narradores del Ecuador que tienen o al menos quieren cumplir las tareas que Pablo Palacio en su *"iluminado alucinamiento"* comenzó, pues es preciso, ahora más que nunca, seguir desacreditando las *"grandes realidades"*, las cotidianas formas de lo grotesco implantadas como normales y como lógicas. Es preciso despertar las conciencias, haciendo ¡qué mejor! reír y rabiarse al espectador (al lector) con la radiografía irónica de esa sociedad, pero con el objeto de que le penetre hasta lo íntimo, le haga como decía Palacio *"sonar el esqueleto"*, de que le remueva, con la risa o con la rabia, la última fibra de su persona y finalmente influir, si la literatura pueda hacerlo, en su transformación, en su cambio.

César Dávila Andrade, por su parte, es el otro *"islote hermético y genial"*, como le llama un escritor de nuestros días, que nos sirve para abrir *este panorama de la literatura ecuatoriana*. Autor de varios libros de poesía y de tres libros de relatos, se consagra como el más vigoroso poeta ecuatoriano de

su generación. Sus libros *"Oda al arquitecto"* (1946), *"Catedral salvaje"* (1951), *"Boletín y Elegía de las mitas"* (1954), *"Arco de instantes"* (1954), *"En un lugar no identificado"* (1963), *"Conexiones de tierra"* (1964), *"La corteza embrujada"* (1966) y *"Materia real"* (aparecida póstumamente en 1970), están plasmados en una fuerza metafórica, de una riqueza de imágenes y de un sentido de rebeldía incontenible hacia lo banal, lo cruel, lo intrascendente, que le dan una personalidad única y lo proyectan como poeta mayor de nuestras letras. Acorralado por un medio que lo estigmatizó como figura casi folklórica o burlesca ("el poeta para la burguesía sólo puede ser payaso, empleado o enemigo" decía el salvadoreño Roque Dalton), e imposibilitado de vivir en ese ambiente de hostilidad, primero huye en busca de nuevas latitudes y se radica en Caracas donde el auge petrolero comienza a gravitar en la sociedad, la deshumanización, por tanto, comienza a sentirse con rudeza, obligando, quizá entre muchos otros secretos motivos, a que Dávila Andrade, en el más errado y último de sus actos, opte por el suicidio. Jorge Enrique Adoum, el otro poeta mayor de su generación, ha rescatado la figura de César Dávila Andrade en su novela *"Entre Marx y una mujer desnuda"* (Edit, Siglo XXI, México, 1976). Allí cuenta una anécdota en la cual se descubren ciertos rasgos de la personalidad del poeta suicida:

"Un día —cuenta Adoum— le regalamos entre todos un par de anteojos, y le hicimos daño: comenzó a descubrir la realidad, primero con asombro, luego con una desazón de astrólogo convertido en agrimensor. 'El mundo ha sabido ser lindo', dijo, 'ahora me explico la otra poesía. ¿vos sabías, por ejemplo, que las moscas tienen patas? Fue al campo y dijo que era un lugar atroz donde los pollos caminaban crudos. Hasta que perdió los espejuelos y alguien le reclamó: '¿Y los lentes Fakir, los empe-

ñaste para beber, no es cierto?' 'Si hermanito, cierto es'. 'Pero tú dijiste que el mundo era lindo'. 'Sí, dijo, pero el ser humano es feo'.

Así, estas dos personalidades, o personas (máscaras) de las letras ecuatorianas, me permiten, después, de invocadas, ubicarme ya más metódica y menos anecdóticamente, en el período que había ofrecido abordar al comienzo de este trabajo. Pero ¿por qué los primeros años de la década del 60 nos pueden servir como punto de partida? Porque, definitivamente, pienso que es el inicio de un período no sólo para la literatura local del Ecuador, sino para la literatura latinoamericana en general. La literatura entendida, además, como un fenómeno superestructural inmerso, necesariamente, dentro de la matriz infraestructural. En 1959 triunfa la revolución cubana y eso, nos guste o no nos guste, hace que se vuelva los ojos del mundo sobre América Latina ("América Ladina", titula sarcásticamente Marta Traba a una de sus novelas). Muchos se dan cuenta que existe un continente con un mundo lleno de riqueza humana y cultural, que no son solamente un cúmulo de "banana's republic" y se comienzan a interesar por su política (se lanza la famosa "Alianza para el Progreso"), por su cultura (comienza a llover las becas del Pen Club), por su literatura. Los escritores latinoamericanos captan este interés, asumen sus mundos y sacan a luz obras trascendentales, revolucionarias, bellísimas que sorprenden y hasta opacan a literaturas como la europea o norteamericana, demasiado vacías o con visibles rasgos de cansancio o cultivadoras, en último caso, de la palabra en sí y para sí (el tristemente célebre arte por el arte). Obras como "La muerte de Artemio Cruz" (1962) del mexicano Carlos Fuentes, "La ciudad y los perros" (1963) del peruano Mario Vargas Llosa, "Rayuela" (1963) del argentino Julio Cortázar o "Cien años de soledad" (1967) del colombiano Gabriel García Márquez (galar-

donado más tarde con el Premio Nobel de Literatura), configuran ese fenómeno que se apunta. Los sempiternos bautizadores de movimientos literarios llaman "boom" a esa eclosión, o al hábil manejo editorial que se hizo con estos magníficos libros. Y enseñada aparecen también, como siempre, detractores y acusadores del hecho cultural quienes frustrados o enfermos de olvido se sienten marginados de esta nueva corriente.

Lo cierto es que la literatura latinoamericana se pone en un primer plano en el mundo. Veinte años después, cuando ya se puede analizar con calma el fenómeno, un escritor europeo reconoce con honestidad:

"En España, la llamada novela hispanoamericana representó también un insólito acontecimiento que vino a remover las aguas del pantano fangoso y agonizante en el que se debatían unos pocos nombres de narradores que pudieran demostrar cierta solvencia diacrónica a la hora del cómputo de la producción novelística. Para los narradores españoles, la sorpresa del boom representó, salvo algunas excepciones que vienen a configurar la regla, un trauma de desorbitadas dimensiones" (5)

Y no solo se atiende, como se puede pensar, la obra de los escritores mencionados, sino también a otros libros de igual valor y no exclusivamente de narrativa, pertenecientes a escritores latinoamericanos hasta entonces ignorados o conocidos muy parcialmente en el ámbito mundial por sus vigorosas obras. Se "descubre" a Juan Rulfo ("Pedro Páramo", "El llano en llamas"), Gimaraes Rosa ("Gran Sertón Veredas"), obras tan notables como las de los cubanos Alejo Carpentier o José Lezama Lima. El brasileño Jorge Amado, los argentinos Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato, el mexicano Octavio Paz, el nicaragüense Ernesto Cardenal, el uruguayo Juan Carlos Onetti, entre otros, pasan a un primer plano en la atención del mundo interesado en la literatura.

Alguien gritó demasiado entusiasmado: "Llegó nuestro siglo de oro".

Pero ¿qué pasaba en nuestro país? Termina el último gobierno del período de estabilidad democrática iniciado en 1948. Ponce Enríquez entrega el poder a Velasco Ibarra, quien poco más tarde será depuesto y sustituido, primero por su Vicepresidente Carlos Julio Arosemena y después por una Junta Militar de corte represivo que trata de llevar adelante un proceso de tímidas reformas. La represión y la persecución que ejerce esta Junta Militar contra intelectuales calificados de "comunistas" y la evidente motivación que producía en esos momentos la ya mencionada revolución cubana, hace que se produzca un acelerado proceso de radicalización en la "inteligentzia" ecuatoriana. Como dice Fernando Tinajero: "en el Ecuador, nuevamente, las circunstancias históricas e ideológicas hacen posible la aparición de un grupo de escritores en potencia que, ante el requerimiento paralelo de la política y la literatura, sufre un acelerado proceso de radicalización". (6)

En efecto, en estos primeros años de la década del 60, aparecen en escena escritores que se lanzan a "reducir cabezas", adoptan actitudes iconoclastas, casi de "terrorismo cultural", presentan furiosos manifiestos parricidas, se autobautizan "tzántzicos" y se agrupan en revistas como "Pucuna" o "Indoamérica". Su propósito fundamental es irrumpir violentamente en un ambiente cultural adormecido y opacado casi absolutamente por lo que fue nuestro "boom", esa magnífica producción de la llamada "Generación del 30", a la que ya nos referimos anteriormente, después de la cual vino un largo y, muy ocasionalmente, interrumpido silencio. Y junto a estos jóvenes "tzántzicos", mitad exaltados, mitad lúcidos que pretendían reducir las cabezas de las "vacas sagradas", "los poetisos de suplemento", "los usufructuadores de la cultura oficial", están también creando, en este privilegiado

momento de las letras latinoamericanas, con otro estilo y con otros métodos, los viejos escritores, sobrevivientes de la generación del 30 y otros menos viejos (aunque con el mismo espíritu) que se les sumaron en actitudes y propósitos, tales como Adalberto Ortiz, Pedro Jorge Vera, Alejandro Carrión, el propio Benjamín Carrión (el mayor crítico literario y pensador de su generación) se anima a publicar en 1963 una novela: "¿Por qué Jesús no vuelve?". Algunos de ellos están elaborando sus obras, sobre todo algunas novelas, tratando tardíamente de sumarse —aunque nunca confesadamente— el famoso "boom", para el cual, como vimos anteriormente, el Ecuador no aportó su figura. Así, *Alfredo Pareja Diezcanseco* (a quien se le acaba de rendir un merecido homenaje al cumplirse cincuenta años de la aparición de su primera novela "El muelle"), publica "*Las pequeñas estaturas*" "*La maniticora*", ambas novelas parte de una ambiciosa trilogía que comenzó con "*Los poderes omnímodos*"; *Demetrio Aguilera Malta*, quien llega quizás más lejos que todos los escritores de su grupo de Guayaquil, en lo que a proyección internacional y a anticipación de mundos narrativos se refiere (hay críticos que lo consideran el padre del después llamado "realismo mágico"), saca a luz sus novelas "*Siete lunas y siete serpientes*" y "*El secuestro del General*". El propio *Jorge Icaza* (el escritor ecuatoriano más conocido en el exterior y de cuya obra, especialmente "Huasipungo" se han realizado traducciones a todos los idiomas vivos) publica su extensa y última novela: "*Atrapados*". Comenzaba, a las claras, un nuevo momento en las letras ecuatorianas.

Un poeta como *Jorge Enrique Adoum*, nacido en 1923, produce su mejor obra poética también en estos primeros años de la década del sesenta. "*Dios trajo la sombra*", el poemario que forma parte de su obra más lograda: "*Los cuadernos de la tierra*", gana el Premio Casa de las Américas en

1960. Y junto a Adoum, otros poetas también significativos, nacidos entre 1920 y 1930, como Hugo Salazar Tamariz, Efraín Jara Hidrovo, Francisco Tobar García, Francisco Granizo, Filoteo Samaniego⁽⁷⁾, publican sus más importantes trabajos en esta primera parte de la década mencionada. El mismo "Fakir" César Dávila Andrade, antes invocado, está en plena producción poética y narrativa. Sin embargo, lo más interesante de estos años, por la repercusión que tendrá después y por la reacción que suscitó cuando su aparición, constituye el surgimiento de los movimientos vanguardistas (y utilizo la palabra en el mejor sentido) antes mencionados, los mismos que agrupados en torno a intenciones, ya de carácter político, ya de pura intención intelectual, gestarán una nueva forma de hacer literatura y formarán los escritores que la realicen, puesto que los grupos "tzántzicos" se desintegrarían a la larga, pero los más lúcidos o persistentes de sus integrantes, junto a otros escritores de esta misma promoción, constituyeron lo que llegaría a denominarse más tarde "*Frente Cultural del Ecuador*", que tuvo como medio de expresión la hoy desaparecida revista "*La bufanda del sol*"⁽⁸⁾. Su consejo de redacción lo integraron: Agustín Cueva, Fernando Tinajero, Alejandro Moreano, Ulises Estrella, Iván Carvajal, Humberto Vinuesa, Iván Egúez, Abdón Ubidia, Raúl Pérez Torres, Francisco Proaño Arandi, Raúl Arias, Pablo Barriga; nombres todos de los escritores que en las dos décadas posteriores y en diferentes vertientes: ensayo, poesía, narrativa, constituyeron el grupo más prolífico de las letras ecuatorianas.

En torno a este Frente Cultural, o estrechamente relacionados por amistades y propósitos, otros escritores de diferentes regiones del país también hicieron su aparición en el terreno literario ecuatoriano, aunque después más de uno comenzó a brillar con luz propia, me refiero a Fernando Nieto,

Jorge Velasco Mckenzie, en Guayaquil; Carlos Carrión en Loja; Elicer Cárdenas y Jorge Dávila Vásquez, en Cuenca, entre otros. "La Bufanda del Sol", al tiempo que sirve como principal vehículo de expresión para este distinguido grupo de escritores, quienes abordan, además, como ya hemos señalado, diferentes disciplinas que dan a la revista un carácter bastante completo o que ayuda, al menos, a llenar un vacío que se tornaba angustioso, permite relacionar a los escritores ecuatorianos con otros creadores y grupos culturales de América Latina (no olvidemos que es la hora de los nadaistas colombianos o de revistas como "La serpiente emplumada" en México). Paralelamente comienzan a aparecer libros individuales de estos miembros del Frente Cultural, que solidifican el prestigio del grupo. Agustín Cueva publica un interesante y polémico libro de ensayos titulado "Entre la ira y la esperanza" (1967) en el que se da una visión crítica de la cultura ecuatoriana; Fernando Tinajero, el mismo año 67 publica "Más allá de los dogmas", en el que plantea o cuestiona aquello del "parricidio cultural"; poetas como Humberto Vinuesa ("Un gallinazo cantor bajo un sol de a perro"), Raúl Arias ("Poeta en bicicleta"), Ulises Estrella ("Ombligo del mundo"), sacan a luz, junto a narradores como Raúl Pérez Torres, Francisco Proaño, Pablo Barriga, libros en los cuales aparece plasmada una nueva forma de hacer literatura. Ya no es la descripción naturalista en blanco y negro del relato, ni el puro lirismo o el nerudianismo en la poesía.

Mientras tanto aparecen —y ya estamos en la década del 70— libros de escritores que, pertenecientes a generaciones anteriores a los "tzántzicos", habían guardado un meticuloso silencio o habían editado sólo textos menores. Así, Miguel Donoso Pareja (1931) quien después de publicar libros de poesía y cuento de corto aliento, o "de aprendizaje", como él ha dicho, se radicó

en México, reapareciendo en escena con la publicación de tres interesantes novelas: "Henry Black", "Día tras día" y "Nunca más el mar". Alicia Yáñez Cossio (1929), nuestra más destacada narradora, gana un premio local de novela con "Bruna, Soroche y los tíos", claramente influencia por la obra del colombiano Gabriel García Márquez, pero que incorpora al texto, sin ninguna duda y de allí su valor, elementos propios de nuestra identidad y de nuestra problemática. Jorge Rivadeneira (1930) publica en Venezuela otra novela: "Las tierras del Nuaymás", en la que narra nuestra —hasta ahora— única y fallida experiencia guerrillera, de la cual formó parte este escritor, pero que poco vale desde el punto de vista testimonial, cuanto por su original estructura lingüística. Jorge Enrique Adoum (1923), radicado ya en París y conocido y consagrado como poeta, también aporta su novela, a la que ya hicimos referencia anteriormente: "Entre Marx y una mujer desnuda", una de las más importantes obras de este género publicadas en nuestro país en las dos últimas décadas, pues en este "texto con personajes" (como el autor califica a su trabajo narrativo) se encuentran incorporadas con rigor estético las nuevas formas de narrar de la mejor literatura latinoamericana contemporánea. Otro poeta como Alfonso Barrera Valverde (1929) publica en España, de igual manera, dos novelas: "Heredarás un mar que no conoces y lenguas que no sabes" y "Dos muertes en una vida". Edmundo Ribadeneira (1920) conocido profesor universitario y ensayista, actual Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", publica en 1979 una novela sobre el exilio titulada con un verso de Neruda: "El destierro es redondo". Gustavo Alfredo Jácome (otro viejo profesor y lingüista, más conocido por sus obras de carácter pedagógico) publica una singular novela: "Por qué se fueron las garzas", en la que nuevamente pone al indio ecuatoriano (al otavaleño)

como personaje, pero con una visión distinta a la de los indigenistas tradicionales, más cercana a la picareza que a la tragedia. Antes, un diplomático y folklorista brasileño que vivió mucho tiempo en nuestro país, Paulo de Carvalho Neto, había escrito una novela en este mismo tono: "*Mi tío Atahualpa*".

La década del 70 es, definitivamente, la hora de la novela.

Escritores jóvenes, también optan por este género: Iván Egúez (1944) gana un premio nacional (el Aurelio Espinosa Pólit), con una novela corta: "*La Linares*", dotada de un gran contenido expresivo y simbólico que coloca a su autor entre los más destacados escritores de la nueva promoción. Egúez publicará más tarde un libro de cuentos: "*El triple salto*" y dos novelas: "*Pájara la memoria*" (su más ambicioso logro hasta ahora) y "*El poder del gran señor*". Igual Fernando Tinajero (1940), conocido como ensayista, se propone escribir una trilogía novelística de grandes ambiciones, en la que —según ha declarado— pintará una larga etapa histórica de nuestra patria; hasta ahora sólo ha publicado lo que se supone es la primera parte bajo el título: "*El desencuentro*", con la que ganó en 1976 el Premio Nacional de Novela otorgado por la Universidad Central del Ecuador.

Pero también surgen en este momento, privilegiado para la narrativa, varios cuentistas quienes rescatando un género que no había tenido desde hace mucho tiempo cultivadores de importancia (el último gran cuentista había sido José de la Cuadra), lo colocan, junto a la novela, en un primer plano. Carlos Bejar Portilla (1938) saca a luz, en Guayaquil, tres visionarios libros de cuentos: "*Simón el mago*", "*Osa mayor*" y "*Samballah*". En Quito, Raúl Pérez Torres (1941) publica periódicamente cuatro libros: "*Da llevando*" (1970), "*Manual para mover las fichas*" (1974), "*Micaela y otros cuentos*" (1976) y "*Musiquero joven, musiquero*

viejo" (1978). En 1980 gana el Premio Casa de las Américas con su libro de cuentos "*En la noche y en la niebla*". En los últimos meses de 1985 la Editorial Planeta publicó una novela testimonial de este escritor quiteño titulada: "*Teoría del desencanto*" que junto a la novela de Tinajero, antes mencionada. "El desencuentro" son los testimonios autocríticos de una generación que en la década del 60 se ilusionó con el fenómeno revolucionario e igualmente se desencantó cuando este no llegó por ninguna parte. Francisco Proaño Arandi (1944) publica en 1972 un libro de cuentos: "*Historias de disecadores*" y una década más tarde, durante tres años consecutivos, presenta varias obras de narrativa: su novela "*Antiguas caras en el espejo*" (que le valió el Premio José Mejía Lequerica en 1985), "*Oposición a la magia*" (cuentos, 1986) y "*La doblez*" (cuentos, 1987). Abdón Ubidia (1944), recoge sus principales cuentos en un libro publicado por el Círculo de Lectores "*Bajo el mismo extraño cielo*" que, prologado por el único sobreviviente del "Grupo de Guayaquil", Alfredo Pareja Diezcanseco, en el que el viejo y prestigioso intelectual parece dar "luz verde" a la nueva promoción de narradores, se convierte en uno de los libros más alabados por la crítica (la incipiente que, de cuando en vez, se hace presente en la "arena intelectual"); más tarde, en 1986, Abdón Ubidia publicará una novela: "*Sueño de lobos*", con la cual acabó de consolidar su bien ganado prestigio de narrador.

Marco Antonio Rodríguez (1941) con sus dos libros de cuentos "*Historia de un intruso*" (1976) y "*Un delfín y la luna*" brinda, asimismo, un valioso aporte para el enriquecimiento del género. Otros autores que merecen ser mencionados son: Vladimiro Rivas Iturralde (1944), fundamentalmente por sus obras: "*El demiurgo*" e "*Historia del cuento desconocido*"; Ernesto Albán Gómez (1937) autor de "*Salamandras*" (1960) y "*Pandora*" (1977); Pablo Barriga

(1949), "el último de la Bufanda del Sol", como le llama un crítico nacional muy dado a los bautizos y a los padrinzagos, publica "Barriocito y otros cuentos" (1974), "Cuentos" (1970) y "Tres mujeres lejanas" (1980); y dos autores que hasta ahora sólo han publicado un libro cada uno, pero que constituyen, sin ninguna duda, aportes para la nueva narrativa ecuatoriana, me refiero a Javier Vásquez (1946) por su libro "Ciudad lejana" y Huilo Ruales Hualca (1947) por su original obra: "Y todo este rollo a mi también me jode" publicada en 1984.

En otras regiones del país también surgen cuentistas y novelistas destacados, pertenecientes a las últimas promociones: Jorge Velasco Mckenzie (1949) publica tres libros de relato: "De vuelta al paraíso" (1975), "Como gato en tempestad" (1977) y "Raimundo y la creación del mundo" (1979); dos novelas: "El rincón de los justos" y "Tambores para una canción perdida" (de 1984 y 1986, respectivamente). Se convierte así en el escritor guayaquileño más destacado de su promoción. En Cuenca, Juan Valdano (1939) se da a conocer como cuentista con el libro "Las huellas recogidas"; Jorge Dávila Vásquez (1947) quien ha incursionado exitosamente en varios géneros, aparte del relato, publica tres libros de cuento: "El círculo vicioso" (1977), "Los tiempos del olvido" (1977), "Relatos imperfectos" (1980), además de una novela: "María Joaquina en la vida y en la muerte" con la que obtiene el Premio Aurelio Espinosa Pólit en 1977; Eliecer Cárdenas es otro destacado escritor quien ha publicado un libro de cuentos: "Hoy al general" y tres novelas: "Juego de mártires" (1973) "Polvo y ceniza" (1980) y "Háblanos Bolívar" (1984). Principalmente por su novela "Polvo y ceniza" se consagra como escritor de primera línea y, sobre todo, abre nuevas posibilidades narrativas al rescatar para la novela mundos opacados por la historiografía oficial. Su novela es la historia del

famoso bandido justiciero Naán Briones, especie de Robin Hood criollo, quien asaltaba regularmente las haciendas de los terratenientes de la zona austral del país para repartir su botín entre los campesinos pobres. En Loja, Carlos Carrión (1944) publica en 1981 un importante libro de cuentos: "El más hermoso animal nocturno".

La poesía, en cambio, frente a esta explosión de narradores (y narradores de calidad) se ve un tanto opacada, por allí uno que otro poeta mantiene su "fidelidad" al género, pues ya hemos visto que varios poetas optaron también por el género de la narrativa. Entre los que se han mantenido apegados a la poesía cabe mencionar en primer lugar a un excelente poeta negro esmeraldeño: Antonio Preciado (1941) que recoge en sus cantos las raíces de su ancestro africano con la misma musicalidad y magia que conservan, por fortuna, las culturas de raigambre africano. En su libro "De sol a sol" (1979) está recogida su mejor y más rica producción. En Guayaquil Fernando Cazón Vera (1935) y Fernando Nieto Cadená (1947) son sus mejores exponentes. En Quito Euler Granda (1935), Carlos Manuel Arízaga (1938), Walter Franco (1932), Simón Zavala (1945), Ana María Iza (1941); en Cuenca Efraín Jara Hidrovo (1926) quien se ha consagrado ya como un poeta mayor de nuestras letras y Rubén Astudillo (1938); en Loja, Carlos Eduardo Jaramillo (1932); en Guaranda José Félix Silva y Carlos Basante; en Latacunga, los prolíficos hermanos Barriga López, Franklin y Leonardo, entre otros, publican en este momento sus más apreciables libros, aunque algunos de ellos ya tienen, para entonces, más de un poemario editado.

Por otra parte, a finales de la década del 70 y comienzos de la del 80, se produce otro fenómeno digno de tomarse en cuenta, sobre todo por las proyecciones que tendrá en el futuro y que, de alguna manera, ya se lo tiene que encarar en el

presente. Se trata de la formación de talleres literarios en torno de los cuales se agrupan los más jóvenes creadores, los que nacieron, en definitiva, después de 1950, quienes hasta entonces eran meros espectadores del quehacer literario o distantes aprendices del más intrincado de los oficios. Miguel Donoso Pareja es en buena medida artífice de esta iniciativa, pues en México, donde vivía hasta hace pocos años, se había entregado a esta tarea con exitoso empeño; y, en los viajes esporádicos que realizó a nuestro país, siempre habló de la utilidad y validez de los mismos. Al fin, la iniciativa fue acogida por algunos miembros del ya fenecido, para entonces, Frente Cultural —que en gran medida había funcionado también como taller literario, si entendemos a estos como lugares de confrontación, estudio y discusión de trabajos creativos— quienes asumen la tarea de agrupar a jóvenes escritores en los cuales se vislumbraba algún talento literario y comienzan un tesonero trabajo que tiene, lastimosamente, corta duración. Pronto se cansan de "lidiar" con principiantes y se retiran a sus cuarteles de invierno para continuar con sus obras individuales. Sin embargo, el primer paso estaba dado y los aprendices ven que tienen intereses comunes, que la "práctica" de taller les resulta útil (sobre todo para desvanecer las pretensiones y los ripios). Publican una revista ("Tientos") en la que se dan a conocer los mejores trabajos del taller⁽⁹⁾. Paralelamente se constituyen otros talleres: "La pedrada zurda"⁽¹⁰⁾, el taller de la Universidad Católica, al que incluso se da créditos académicos⁽¹¹⁾; en Guayaquil se constituye el taller "Sicoseo"⁽¹²⁾; más tarde aparecerán en Quito otros talleres, con nombres zoológicos, con invocaciones taumaturgicas: "La mosca zumba", "Matapiojo", "La pequeña lulupa". El mismo Miguel Donoso Pareja forma con el auspicio de la

Casa de la Cultura y del Banco Central (quien para esta hora es el gran mecenas —el príncipe Di Médicis— de la cultura ecuatoriana) dos talleres: uno en Quito y otro en Guayaquil. Se publican dos antologías con los mejores trabajos de los más jóvenes escritores ecuatorianos: "*Libro de posta*" (narrativa) y "*Posta poética*". Y en el transcurso de estos últimos años, han aparecido y seguirán apareciendo libros individuales, tanto en relato como en poesía, de los escritores de esta promoción. Todavía resulta prematuro juzgar su obra, pues en gran medida responde a la prisa del autor "inédito" que quiere buscar un sitio en el Parnaso a fuerza de codazos; pero, y de eso estoy seguro, de esta cantera se alimentará la literatura ecuatoriana en las próximas décadas. Nombres como el de Francisco Torres, Diego Velasco, Edwin Madrid, Raúl Serrano, Alfredo Noriega, Williams Castillo, el ya mencionado Huilo Ruales, poco a poco irán e, imprescindiblemente, ocupando un lugar cuando las señoras antologadoras (tan llenas de antojos y de especiales apetitos) urgen en la literatura de nuestro país, y publiquen sus voluminosos libros.

Pienso que este trabajo tendrá muchos vacíos, que más de una decena de autores que merecían ser nombrados no lo han sido (esta es una tierra pródiga en poetas); en todo caso, mi intención ha sido, como dije al comienzo, describir a grandes rasgos la literatura ecuatoriana de las últimas décadas (solamente, por favor, en sus géneros de narrativa y poesía) y hacerme la ilusión de que con mi vista puedo contemplar ese horizonte extenso que significa para los señores académicos la palabra "Panorama".

(1) Con esto no quiero desconocer ni menoscabar —mucho cuidado— el pensamiento unitario latinoamericano que tiene entre sus exponentes, sin duda alguna, a los hombres

de mente más clara y de actitud más heroica que han producido nuestras tierras. Baste nombrar a Bolívar, a Martí, a Juárez, a Alfaro, para sostener esta afirmación que por su fuerza casi resulta ya un silogismo.

- (2) Luis Britto García: *América Latina. Una cultura incommunicada*. Revista Casa de las Américas, marzo-abril 1982, pág. 143.
- (3) En este punto cabe una necesaria aclaración: al señalar esta dicotomía no quiero poner a Pablo Palacio como una figura alternativa al grupo de narradores de la llamada "Generación del 30", ni mucho menos desvalorizar su aporte y su valía literarios. Trato únicamente de destacar la particular personalidad del escritor lojano y su contemporaneidad.
- (4) Baste recordar que es la hora de Los que se van (1930), conjunto de narraciones cortas escritas por Enrique Gil Gilbert, Demetrio Aguilera Malta y Joaquín Gallegos Lara, sobre la cruel y violenta vida del montubio ecuatoriano; y también la de Huastapungo (1934) de Jorge Icaza, que presenta la explotación del indio en una versión casi tremendista pero no por ello mentirosa de una realidad que todavía nos duele, nos conmueve y nos avergüenza.
- (5) J. Armas Marcelo. *La presencia del boom de la novela hispanoamericana en España*. Foro internacional de escritores organizado por la Universidad de Notre Dame, Francia. Recogido en la revista de Bellas Artes, México, julio de 1982, pág. 59. (El subrayado es mío).
- (6) Fernando Tinajero. *Pegase y los fusiles*. Revista "Tientos", número 2, Quito, octubre de 1979, pág. 1.
- (7) Estos tres últimos poetas nombrados, junto a Gonzalo Pesántez y Carlos de la Torre Reyes, formaron parte del Grupo Presencia Por esta misma época, otros grupos literarios como Umbral que reunía a poetas más jóvenes como Alfonso Barrera Valverde, Eloy Soria, Eduardo Villacís Meythaler, Walter Franco Serrano y otros; Caminos que agrupaba a varios poetas carchenses, el Club 7, actuaban en Quito y Guayaquil. Todavía no se conocía la palabra "Taller".
- (8) Hay que anotar, para salvar equívocos, que muchos de los "tzántzicos" devinieron en

militantes de las organizaciones nacionales de izquierda; y, al producirse al interior de las mismas divisiones, sobre todo después del sisma chino-soviético, unos hubieron que se quedaron en un partido y otros que se separaron para unirse al partido opositor; o, en su defecto, fueron expulsados de uno u otro. (A veces la inteligencia molesta a los políticos fanáticos). Así, una fracción de "pro-chinos" entre los que había algunos ex-tzántzicos, crearon otro "Frente Cultural" que pretendía presentar una alternativa (ideológica-estética) al grupo de la Bufanda. Este segundo Frente contaba con algunos poetas de valía: Rafael Larrea ("Levantapolvos" y "Nuestra vida"), Alfonso Muirragui, Iván Oñate ("El ángel caído" "El hacha enterrada"), Juan Andrade Heyman ("Coros", "Acto", "Furores concretos", "Recuento de poemas" y en narrativa "Cuentos extraños", "El lagarto en la mano", "Cuentos del día siguiente"). De igual forma, por estos mismos años, se publica en Quito otra revista literaria: AGORA, en la que se expone un pensamiento cultural alternativo, también al del Frente Cultural, pero desde una óptica distinta al marxismo. Patricio Quevedo, quien se ha desempeñado como Secretario de Información Pública, primero, y como Secretario General de la Administración Pública, después en el Gobierno de la "Reconstrucción Nacional"; Francisco y Diego Araujo Sánchez, Vladimir Rivas, Bruno Sáenz, Ramiro Dávila Grijalva, los hermanos Ponce Cevallos, el hoy conocido periodista Diego Oquendo son, entre otros, sus principales animadores. Esta revista tendrá corta vida y sus integrantes se dispersarán a la larga por diferentes caminos estéticos y políticos. Uno de los miembros de este grupo, quien conoció el presente trabajo, me indicó que otros animadores importantes de la revista "Agora" fueron César Dávila Torres y Ernesto Albán Gómez.

- (9) El Taller "Tientos y Diferencias" (nombre tomado de un libro del escritor cubano Alejo Carpentier), lo integraron, entre otros: José Torres (Autor de dos poemarios: "Del maíz a la mazorca" —1976— y "La tierra de los espejos agitados" - 1981); Francisco Torres Dávila (autor de "Agujero y vispera" 1981 y "El Alkaseltzer se volvió esotérico" 1987); Ramiro Arias (autor de "Ocultas bocas de fuego", cuentos, 1980); María

Eugenia Paz y Miño (autora de un libro de viñetas y cuentos cortos: "Siempre-nunca"); Alicia Parra (poeta, autora de "Máscaras" - 1981); Juan Villafaña (poeta argentino, autor del libro "Poemas anteriores", publicado en 1981); Erika Silva (quien ha escrito varios trabajos sobre sociología de la cultura). El taller "Tientos y Diferencias" se disolvió y varios de sus integrantes pasaron a formar parte de otros talleres, especialmente el llamado "La pequeña lupa"

- (10) Este taller edita la revista del mismo nombre: "La pedrada zurda" que pretende romper con todas las formas y todos los "clisés" conocidos, usa numeración alterada: 3 1/2, "quinta internacional", su formato mismo semeja un catálogo de feria o un almanaque holandés; el taller se lanza, además, a las calles llevando recitales y obras de teatro a los barrios marginados de Quito. Llega a tener entre sus componentes a un elevado número de artistas y creadores, entre los que cabe mencionar a Héctor Cisneros (fallecido trágicamente), Diego Calcedo, Bruno Pino, Ramiro Oviedo, Fabián Nájuez Baquero, Ricardo Torres, Jaime Guevara, entre otros.

- (11) Al taller de la Universidad Católica perteneció Julio Pazos Barrera (poeta ganador del Premio Casa de las Américas con su libro "Levantamiento del país con textos libres") y estuvo acompañado por otros poetas como Federico Ponce, Marta Lizarsaburu, Vinicio Angulo, Talía Cedeño.

- (12) El taller "Sicoseo" de Guayaquil, lo integran Fernando Nieto Cadena, Fernando Artieda, Edwin Ulloa, Fernando Balseca, Jorge Velasco, Raúl Vallejo, entre otros. En la mayoría de sus textos se pretende incorporar el habla coloquial del lumpen guayaquileño. "Es entonces que llegamos al habla popular —dice uno de ellos, en un artículo titulado 'Habla popular en la literatura actual del Ecuador'— como fórmula coloquial para narrar lo cotidiano. El escritor es también la gente, porque se para en una esquina de barrio, bebe aguardiente en las veredas, va al estadio, dice vulgaridades, padece en el mercado, conversa con las lavanderas de su vecindario y muchas otras cosas que llevan la existencia diaria del hombre común de nuestro pueblo..."

